

no podía acostumbrarse á ella. En los cálculos de su opulencia no entraba semejante prodigalidad. ¿Habría él dirigido tan astutamente aquel negocio para verse al fin defraudado en una cantidad tan formidable?.. ¿Quién había de pensar que aquel perdulario se plantara resueltamente en la escandalosa cifra de trescientos mil duros?

— ¡Seis millones! — repetía. — Ese perdido quiere hacerse millonario de la noche á la mañana, como si yo tuviera mi caja á disposición del primer bandolero á quien le ocurra la peregrina idea de transformarse en potentado... A robar á Sierra-Morena, ó á cualquiera de las encrucijadas de la administración pública. Mis millones son míos, y trabajo le mando al que quiera apoderarse de ellos.

La imagen de su cómplice, muerto de repente por un accidente cualquiera, aparecía implacable en el fondo de su pensamiento y llenaba su espíritu de un terror indecible.

— ¡Seis millones!.. — volvía á exclamar. — Y ¿por qué? Por dos miserables cartas, que para poseerlas no le han costado más trabajo que copiarlas.

Y yendo y viniendo de un extremo á otro de la estrecha situación en que se hallaba metido, no acertaba á elegir ni el uno ni el otro.

En el colmo mismo de su triunfo, Valle-alegre estaba desesperado.

## CAPÍTULO XXXVII

### EL CÓMPLICE

También para el Sr. Buenaventura la catástrofe del famoso pleito era un mallísimo negocio. Según él mismo decía, lamentando el fracaso, Góngora se vería en la necesidad de cerrar el bufete; y entonces, ¿qué iba á ser de él?.. ¿Dónde encontraría una colocación más propia de su aptitud, más honrada y más generosamente retribuida?..

— ¡Ah Sr. D. Luis!.. — exclamaba llevándose las manos á la cabeza. — Yo he traído aquí este desastre... El *cataclismo* que á todos nos tiene absortos, no es más ni menos que la desgracia que me persigue por todas partes. Para usted es un golpe muy rudo y para esa preciosa huérfana un contratiempo formidable; mas para mí es más que todo eso..., es la miseria.

Articulaba las últimas palabras con voz tan lastimera, que partía el alma.

Solamente Serafín, defendido por el escudo de su inocencia, pasaba por en medio de la tempestad, risueño como un rayo de sol por en medio de las nubes. Oía hablar del pleito á todas horas, porque era el asunto de las conversaciones íntimas de la familia... Veía á su madre rezar mucho, como quien ha puesto en Dios toda su esperanza; veía á su padre más cariñoso con él que nunca, y sorprendía algunas veces al padrino con el puño levantado en actitud amenazadora, ni más ni menos que si fuese á emprender descomunal

batalla con algún gigante invisible. ¿Pero qué entendía él de todo eso? Sus ojos, llenos todavía de la luz con que el cielo ilumina los ojos de los niños, no sabían penetrar aún en las obscuridades de la vida humana. La alegría de su espíritu era la alegría de la inocencia; ignoraba aún que el mundo no es el paraíso de que fuimos desterrados.

Luis solía suspenderlo en sus brazos, y al ponerlo en el regazo de su madre le decía á ésta:

— Toma..., ahí tienes al ángel de tu guarda.

— Sí — añadía Margarita. — Este es el ángel de nuestro amor.

En pocos días había contraído amistad tan estrecha con la huérfana, que no sabía vivir sin ella; y en verdad, no necesitó tanto tiempo en encariñarse con Cecilia, porque desde la primera vez que la vió se hizo su íntimo amigo, por una de esas súbitas predilecciones tan frecuentes en los niños. Ello es que siempre andaban el uno detrás del otro, y cuando no era Cecilia la que venía á buscar á Serafín, era Serafín el que iba á buscar á Cecilia. Montero se apropió desde entonces el papel de intermediario, y era entre ellos el correvedile, el *trae y lleva*; unas veces traía á Cecilia á casa de Serafín, otras veces llevaba á Serafín á casa de Cecilia: él siempre estaba en el camino.

La huérfana jugaba con el niño como si ella tuviera también seis años. Es verdad que la mujer es un ser encantador que envejece sin salir de la infancia. Cualquiera que sea la edad de vuestra mujer, de vuestra madre ó de vuestra hija, tened siempre presente que es una niña. Existe además entre las mujeres y los niños mutua atracción; en ellos, tal vez porque el instinto les dice que al fin una mujer será su destino favorable ó adverso; y en ellas, porque sienten palpitar en su corazón el instinto de madre. Por eso una mujer y un niño se entienden pronto.

Cecilia jugaba, pues, con Serafín como una loca; esto

es, como una niña, y cuando estaban juntos se puede decir que revolvían la casa. Pero no todo era juego, porque Cecilia se acordaba algunas veces de que era mujer, y entonces la amiga se convertía en aya, y no había más remedio que repasar la lección, en la que la severa profesora castigaba cada falta con un beso. Entre todos los encantos de Serafín, el que más cautivaba á la huérfana era el timbre dulce y puro de su voz; no podía oírla sin sentir en su corazón un gozo inexplicable mezclado de tristeza, y se propuso ser su maestra de música, y Serafín, siguiendo la voz de Cecilia, repetía las notas de la escala uniéndose las dos voces, como si fueran una, como se unen los rayos de la luz en un mismo reflejo.

Margarita los miraba con todo el tierno afán con que una madre ve el cariño que sus hijos inspiran. No le faltaba á la huérfana más que la predilección de Serafín para poseer por completo el corazón de Margarita.

Ésta le solía decir algunas veces:

— ¡Ay, hija mía..., qué injusta he sido!..

— No tanto — replicaba Cecilia, — porque al fin, lo que es al hijo no me negará usted que lo he conquistado.

Las declaraciones de la viuda y de la huérfana hicieron suspender el auto de prisión acordado contra Góngora; pero Valle-alegre apretaba, y el juez, estrechado por su influencia y no encontrando mérito bastante para proceder á la prisión del abogado, mientras las investigaciones del sumario no dieran más sólido fundamento á las sospechas, adoptó cierto *ten con ten*, un *tira y afloja* que calmara por de pronto las impacencias del poderoso banquero, y aplazara por lo menos la medida extrema de encarcelar á Góngora.

Dictó, pues, una providencia en virtud de la que fué examinado el *buró* en cuyo secreto se hallaron las cartas de Ripoll, según declaraciones de la madre y de la hija;

fueron asimismo registrados los papeles de Góngora, y éste quedó detenido en su casa, como sospechoso del fraude, mientras las actuaciones no descubrieran su inculpabilidad. No se hallaba en la cárcel, pero estaba bajo la acción de la justicia, ó diciéndolo en latín para mayor claridad, *sub judice*.

El mundo, sorprendido por la novedad, acudió á los salones de Margarita ansioso de escudriñar los rincones de aquel suceso y ver qué cara le ponía la familia al mal tiempo; una vez satisfecha esta curiosidad, y luego que cada uno se llevó los datos, apuntes y observaciones á propósito para los sucesivos comentarios del caso, hicieron lo que el mundo hace siempre, volverle la espalda á la desgracia.

La baronesa, sin embargo, no abandonó á su amiga, y siguió en la costumbre de acompañarla, sobre todo á comer; pero la presencia de esta mujer, como ella misma se llamaba, *comme il faut*, cuando la sociedad de la casa estaba reducida á la viuda, á la huérfana, á Serafín, á Montero, á Luis y á Margarita, era una nota desacorde en aquella armoniosa, triste y apacible melodía de corazones, de sentimientos y de deseos.

El hijo del duque iba con frecuencia; pero rara vez pasaba de la portería, donde dejaba una tarjeta sólo por el gusto de recordar su nombre. Tarjetas que Margarita hacía llegar á manos de Cecilia, y Cecilia se las apropiaba.

Un día jugaban Serafín y Cecilia á un juego que hace el encanto de los niños y al cual hemos jugado todos. Serafín se escondía en los más ocultos rincones de la casa, empeñado en que Cecilia no lo encontrara; pero, ya se ve, Cecilia lo encontraba siempre.

Ya estaban agotados todos los *escondites* y Serafín no sabía dónde esconderse. De pronto le ocurrió la idea de esconderse en el despacho de su padre, único lugar de la casa donde todavía no había probado fortuna.



Y NO HUBO MÁS REMEDIO QUE REPASAR LA LECCIÓN

Dicho y hecho: poniéndose el dedo en la boca para imponerse silencio á sí mismo, se deslizó poco á poco y de puntillas por la escalera interior, volviendo de vez en cuando la cabeza por si Cecilia lo seguía. De este modo llegó hasta la puerta, y allí se detuvo para tomar aliento, porque no hay nada que canse tanto como el sigilo.

Se detuvo también temeroso de que la puerta hiciera ruido al abrirse, y este ruido fuera á llevarle el canto á Cecilia. Puso sus dos pequeñas manos sobre el botón de metal que hacía correr el pasador, y apretando poco á poco y con mucho tiento, consiguió que el pasador se dejara vencer sin chistar. Libre de esta sujeción, la puerta giró silenciosa sobre sus goznes, quedándose entreabierta, y Serafín se detuvo de nuevo sin atreverse á entrar porque vió al señor Buenaventura con los codos apoyados sobre la mesa del escritorio y con la cabeza sumergida entre las manos, en la actitud de profunda meditación. A Serafín le pareció que estaba dormido, y dormido ó despierto su presencia era una contrariedad con que su infantil imprevisión no había contado. Tenía que retroceder y buscar otro sitio donde esconderse... ¡Retroceder!.. ¡Bah! Los niños son tenaces, poseen la persistencia del pájaro prisionero que se obstina en romper con el pico los alambres de la jaula en que está encerrado.

Serafín era niño en todo: en su inocencia, en su belleza, en su aturdimiento y en su tenacidad, y en vez de retroceder se escurrió suavemente y fué á ocultarse entre dos estantes, quedando cubierto por la pantalla de la chimenea, que se hallaba delante. Allí esperó que Cecilia lo buscara, pensando con afanosa alegría que no lograría encontrarlo.

El Sr. Buenaventura, colocado casi de espaldas al sitio en que Serafín se había escondido, continuaba sin moverse en la actitud en que lo hemos encontrado, sin advertir

la entrada del niño en el despacho, ni su ocultación entre los dos estantes. La inmovilidad del amanuense era excesiva para creer que estuviese dormido, y su respiración silenciosa indicaba que estaba muy lejos de hallarse abismado en las dulzuras del sueño.

No había en su postura el abandono del que duerme, sino más bien la rigidez del que vela; mas ni su voz, ni su movilidad, ni sus oídos, ni sus ojos estaban allí, porque permanecía inmóvil, mudo, sordo y ciego. Estaba allí con su cuerpo encorvado sobre la mesa, con el semblante oculto entre las manos, con los pies firmemente apoyados sobre el suelo, como quien se halla pronto á levantarse, pero su pensamiento no estaba allí, y al rodar por los abismos de su imaginación, se había llevado su movilidad, su voz, sus ojos y sus oídos. Sólo tenía allí clavada una idea fija, tenaz, que embargaba todo su espíritu.

De improviso levantó la cabeza, y en sus ojos, despojados de las gafas que había dejado sobre la mesa, apareció una mirada incierta, de esas que miran y no ven, y dando una violenta puñada sobre el brazo del sillón, exclamó con acento cavernoso:

— ¡Seis millones!.. ¡Seis millones!.. Ni un ochavo menos.

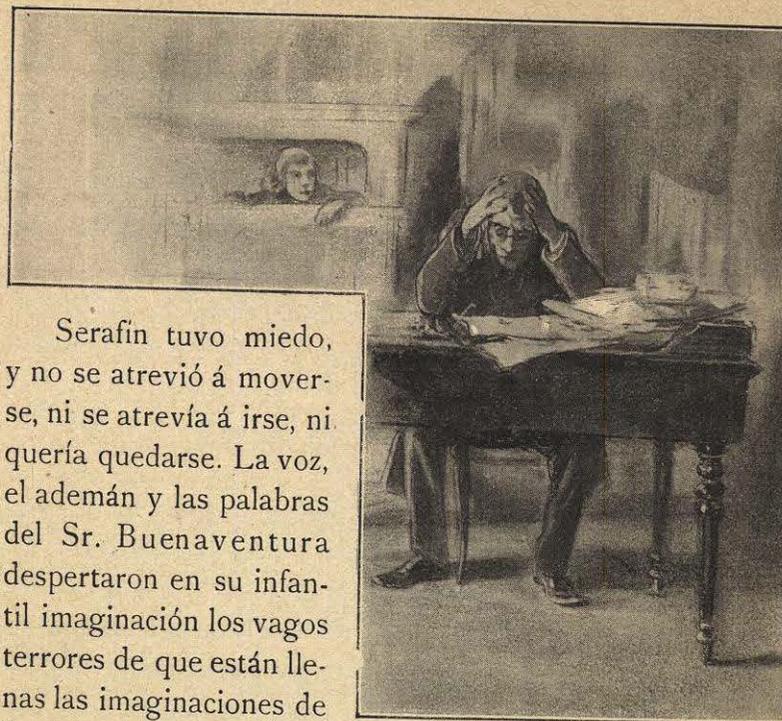
Serafin se encogió en su escondite, asustado de tan brusco movimiento.

— ¡Asesino!.. — añadió, — me roba seis millones y yo no puedo gritar: ese..., ese es el ladrón..., ese...

Guardó silencio por algunos instantes, royéndose las uñas, y luego dijo:

— Valle-alegre traidor... Banquero... infame... Y yo imbécil, mil veces imbécil... No..., no suelto las cartas.

Del furor de estas palabras pasó al extremo del desaliento, y colocando otra vez los codos sobre la mesa, y escondiendo la cara entre las manos volvió á sumergirse en los horrores de sus meditaciones.



Serafin tuvo miedo, y no se atrevió á moverse, ni se atrevía á irse, ni quería quedarse. La voz, el ademán y las palabras del Sr. Buenaventura despertaron en su infantil imaginación los vagos terrores de que están llenas las imaginaciones de los niños. La figura in-

Estaba allí con su cuerpo encorvado sobre la mesa

ofensiva y aun grotesca del amanuense tomaba á sus ojos terribles proporciones; la vela transformarse en un monstruo horrendo, capaz de devorar, con sólo abrir las tremendas fauces, á todos los niños de la tierra. Aquella voz sorda, aquellas palabras furiosas, aquella mirada de basilisco, animaban en su memoria los recuerdos pavorosos de los cuentos con que las madres y las nodrizas duermen á sus hijos cuando no quieren dormirse.

La imaginación de Serafin, como todas las imaginaciones de seis años, estaba poblada de seres maravillosos y extraordinarios, creados por una literatura anónima, planta espontánea cuyas raíces se pierden sin que nadie se tome el trabajo de buscarlas, y en aquel momento tomaban cuerpo ante sus ojos, convirtiendo al Sr. Buenaventura en un

personaje fantástico, que si aún no había perdido por completo la forma humana, no tardaría mucho en volar como los murciélagos ó en arrastrarse por la alfombra como las serpientes.

El miedo en los hombres produce las más raras visiones, y sería imposible imaginar lo que ven los ojos de un niño que tiene miedo.

Serafín contenía en su pecho la respiración imprudente que quería salir apresurada, y así permaneció algún tiempo, hasta que la inmovilidad del monstruo le hizo creer que había vuelto á dormirse, porque también los monstruos duermen.

Entonces se atrevió á abrir los ojos, pues es el caso que en el momento supremo de su miedo los cerró por no ver, y más probablemente porque así se creyó más oculto.

Por encima de la pantalla de la chimenea asomó su preciosa cabeza, y vió al Sr. Buenaventura en la misma disposición en que lo había visto desde la puerta, y lo vió sin alas de murciélago y sin cola de serpiente, con su gabán gris, y su cabeza más gris todavía, y como quien escapa de un gran peligro, salió de su escondite y se dirigió á la puerta, detrás de la que desapareció. Al pie de la escalera estaba Cecilia, que cogió al niño de la mano, y ambos subieron sin decirse una palabra.

Al entrar en la habitación en que se hallaba Margarita, ésta comprendió, por la cara que los dos traían, que había sucedido algo.

— ¿Qué es? — preguntó.

— Es... — contestó Cecilia, — que el hombre que hay en el despacho debe estar loco.

— ¡Cómo! — dijo Luis, que leía junto á la chimenea.

— Y furioso — añadió la huérfana. — Aprieta los puños, y parece que los ojos se le saltan, y dice unos desatinos que no hay quien los oiga.

— ¿Qué dice? — preguntó Montero.

— Dice que le han robado seis millones, y llama asesinato á Valle-alegre.

— Da mucho miedo — dijo Serafín acercándose á su padrino.

— Y dice más — añadió Cecilia, — dice con furor reconcentrado que no suelta las cartas.

Margarita miró á Luis, pero Luis hizo un gesto de indiferencia, y volvió á su lectura.

Montero se rascó la cabeza, y dirigiéndose á su amigo, le preguntó de pronto:

— Dime, ¿cómo has conocido tú á ese hombre?

— Se me presentó él mismo — contestó Luis. — Es un ser algo original; posee una hermosa letra, escribe como una máquina, maneja los papeles con bastante desembarazo. Pretendía una colocación en mi despacho; es útil y la obtuvo.

— Y esas malditas cartas, que Dios confunda, ¿han estado á su alcance?

— No. Las guardé en mi cartera, y para mayor seguridad encerré la cartera en el cajón del escritorio, cuya llave no se ha separado de mí.

Hubo un espacio de silencio, durante el que Montero, tal vez por la primera vez de su vida parecía irresoluto; Cecilia y Margarita se miraban como si no se atrevieran á comunicarse de viva voz lo que en aquel momento pensaban, y en sus miradas se traslucía la ansiedad de la duda; Serafín pasaba alternativamente sus hermosos ojos de unos en otros, llenos de dulce asombro, y Luis siguió leyendo.

Después de algunos momentos, el niño tiró del brazo al coronel hasta hacer bajar la cabeza de éste á la altura de su boca, y le dijo al oído:

— Baja tú, padrino; tú, que eres valiente.

— Vamos — dijo el padrino. — Ven tú conmigo.